

que el humor, el genio, el aire, la atmósfera y los elementos! ¡Cómo intenta persuadir que la conciencia es una preocupacion y los remordimientos una debilidad; que no hay diferencia esencial entre el vicio y la virtud, y entre los más crueles atentados y las acciones más santas; que cuanto han creído todas las generaciones sobre un testigo invisible y juez inexorable de nuestras acciones, es un sueño; que todo es legítimo y permitido si podemos hacerlo impunemente; que, despues de todo, el hombre es dueño de su vida y debe robustecerse para servirse en caso necesario del veneno y del puñal para bajar con sus propios piés á la tumba; y, por fin, que no hay más vida que la vida presente! ¿Creéis que exagero, amados míos? No, ciertamente; tomad esos grandes volúmenes que escribiera la incredulidad; exprimidlos, y no encontrareis que salga otra sustancia. Sí, esta es la esencia de la incredulidad, destruir la humanidad, perderla, como decia uno de ellos, en la animalidad. ¡Ah! ¡cuántas veces se les oyó decir que deseaban ser caballos, ó tigres ó leones! Y ¿no es verdad que alguna vez invitaron á un pueblo civilizado á imitar á los antropófagos? ¿No es verdad que quisieron hacer unos caníbales de unos hombres que se preciaban de humanos y suaves en sus costumbres? ¡Cruel filosofía! ¡Á tu lado ya no es nada aquél mónstruo que en su furor sanguíneo deseaba que toda la humanidad tuviese una sóla cabeza para derribarla de un solo golpe! Los verdugos y los tiranos no son comparables contigo, porque éstos sacrificaban en su furor los cuerpos de los desgraciados que caian en sus manos; pero tú quieres aniquilar la parte más noble del hombre, comparando su alma con la del bruto; tú quisieras que toda la humanidad no tuviera más que una sola alma para aniquilarla. ¡Cruel! repito. Tú quieres con tus dogmas quitar al hombre su único consuelo, el de la inmortalidad de su alma, el de la semejanza que

tiene con Dios, el del amor que se han de profesar los hombres para aliviarse y ayudarse mutuamente en esta vida, que no es más que un tejido de miserias, tejido tosco y grosero como la estopa en los pobres, tejido suavizado como el precioso paño de seda en los ricos, pero que no pasa de tener su trama pobre y miserable.

En comprobacion de mi aserto, recorred conmigo los crímenes que se perpetran en nuestra edad. ¡Cuántos envenenamientos! ¡Cuántas puñaladas alevosas! ¡Cuántos suicidios y homicidios preparados! ¡Ay! No se me diga que esos acontecimientos son comunes á todas las épocas; no se me diga que apenas habia unos cuantos habitantes en el globo, Cain tomára el puñal contra Abel; que Absalon matára alevosamente al opresor de Tamar; que la impía Jezabel degollára á los Profetas, y que el desnaturalizado Jason cargára de cadenas á su propio hermano. No se me diga que Achitofel y Judas nos enseñaran á quitarse la vida en un cordel, Zambri entre las llamas, Tolomeo con veneno, y Saul con su propia daga. Todos sabemos que las pasiones reinaron tan pronto como Adan pecó: miéntras haya hombres en el mundo, habrá pasiones, habrá venganzas, habrá traiciones, habrá crímenes; pero ninguna época los vió tan multiplicados como la nuestra, ninguna los vió tan atroces y horribles; en otros tiempos el malvado, despues de haber cometido el homicidio con temor, huia precipitado á esconder su crimen entre las selvas. En acontecimientos inesperados, enormes por sus consecuencias, se vieron algunos desesperados que cobardemente concluyeran con sus días; pero ¡ah! en nuestra época esto es un hecho que no admira, porque cada dia se hace; los crímenes de nuestro siglo no son ni la simple violacion de la fé conyugal, ni los excesos de un pródigo irreflexivo, ni rapiñas ó fraudes ordinarios, sino ¡oh Dios! ¿tendré la fuerza necesaria

para decirlo? tan pronto las calles y plazas bañadas con sangre sagrada, tan pronto los tribunales resonando con las respuestas perjuras de traidores, que con tanto valor sostienen la mentira como empuñáran el cuchillo contra sus mayores. Aquí, el hijo que cubre de oprobio el lecho nupcial que le dió el sér; allí, la madre adúltera, cortando la vida con tósigo devorador al fruto de su pecado, ántes que vea la luz; en otra parte, sacrificándose el hombre á sí mismo sobre el palpitante cadáver donde ha saciado su ira. ¿Quién ha enseñado á los hombres esos atentados que horrorizarían á los salvajes, admirarían á los tigres, si éstos pudiesen comprenderlo? ¿Quién ha aguzado esos puñales homicidas y suicidas, á cuyos filos sucumben á un tiempo dos víctimas? ¿Quién ha enseñado á mezclar el tósigo entre las demostraciones de cariño? ¡Ah, amados míos! ¿Quién? Esa gran maestra de iniquidad, que se complace en destruir en sus principios cuanto honra y distingue al sér racional: la sociedad, las leyes, la civilizacion y las costumbres; ese mónstruo que intenta ahogar los gritos de la conciencia, para que no se oiga en el santuario del corazon humano la voz de la verdad; esa doctrina impía, que quisiera que el hombre se convierta despues de la muerte en osamenta, en gusanos, en podre y en ceniza, sin otra esperanza para la eternidad.

Esta doctrina descuella á torrentes de los cínicos escritos de que tanto han inundado la Europa y la América aquellos asesinos de la humanidad; esta misma doctrina están reproduciendo esos volúmenes infandos, que despues de postergar los misterios de la Religion, nos están descubriendo los misterios de iniquidad de las grandes Babilonias europeas, entre las cuales no se ven sino intrigas consumadas y el arte de hacer las deslealtades, infidelidades, ódios inveterados, pasiones satisfechas brutalmente, iras reprimidas largo tiempo para estallar con

furor, como los volcanes oprimidos por las moles inmensas de los montes. En ellos se enseña cómo por medio de un pistoletazo, de una puñalada, de un veneno, concluyen los séres humanos y se acaba un enemigo; esto es cuanto nos enseñan esos dogmatizantes. Y ¡pluguiese al cielo que sus lecciones no fuesen escuchadas! ¡Pluguiese á Dios que no hubiésemos sido testigos de la práctica de estos principios! Porque ¡ah! no hace aún muchos dias que este santo templo se cubrió de espanto y de luto, que los sacerdotes debimos llorar entre el vestíbulo y el altar; que sus altares y aras fueron profanados por una mano audaz; que... pero corramos un velo y lloremos la suerte desgraciada de aquel infeliz que sacrificó su cuerpo, y... callemos lo demás: mas fulminemos una maldicion contra esos dogmas subversores de la incredulidad, que tantas desgracias han ocasionado en la tierra; hijos del infierno, no pueden ménos de ser homicidas, porque el príncipe de las tinieblas, como afirma Jesucristo, fué homicida desde su principio: *Ille homicida erat ab initio.*

No he concluido aún: el incrédulo no se contenta con ser enemigo del hombre, sino que lo es de sí mismo. Por grande que fuera el ódio que todos los hombres tuviesen á un moralista de esta especie, no llegaría á ser mayor ni tan extenso que el que el incrédulo tiene á sí mismo: es un ódio mortal, un aborrecimiento que excede los límites del tiempo, y que no se satisface sino en la inmensurable extension de la eternidad. Sus enemigos pudieran desear saciar su rábía, ó profundizando en su corazon miles de aceros, ó descuartizándolo vivo, ó precipitándolo entre ruedas de acero. Todo esto sería nada, porque bien poco temibles son aquellos que sólo pueden perder este cuerpo corruptible; pero el incrédulo es enemigo encarnizado de su más noble porcion; su alma es el objeto de todos sus tiros. Decidle que es inmortal; que de este su compuesto

hay una parte contra la cual no tiene poder la muerte, ni acción los gusanos, ni puede encerrarse ni confundirse con el polvo; decidle que el sepulcro no es más que un depósito de su mortalidad; que las yertas cenizas han de ser animadas algún día y que han de ser revestidas de inmortalidad; asegúradle que ni el fuego inextinguible ni los más atroces tormentos han de poder destruir después aquel cuerpo, porque el alma que fué la cómplice de sus crímenes en la vida presente, lo ha de sostener para siempre inmortal, sea para gozar, sea para padecer; decidle todo esto, y le oiréis prorumpir en gritos de rabia y desesperación.

¡Ah! Bien dijera ésto muchos siglos há el ángel que acompañara al justo Tobías: «Los que obran la injusticia y la iniquidad, son enemigos de su propia alma.» *Qui autem faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt animæ suæ.* Poco importa al incrédulo oír que Dios castiga y premia para siempre, porque él, temerario por una parte, desafía á Dios con sus suplicios, y suicida por otra, responde que para ser feliz no necesita sino de los placeres de esta vida, y que toda su esperanza es la aniquilación de su alma y su destrucción. ¿Puede darse mayor odio de sí mismo?

¡Ah! Algunos hombres malvados, dice San Agustín, homicidas de sí mismos, se han sumergido en las aguas y arrojado en precipicios, pereciendo así míseramente. Quizá hasta el momento de ejecutar esta resolución atroz han podido estos hombres disfrutar de paz y de dicha, y llegar á tal extremo por efecto de un acaloramiento ó enajenación; pero el incrédulo, que está en guerra continua con su propia alma, no puede ménos de ser su verdugo toda su vida; porque por más que quiera deprimirla, ésta lo llama siempre á su nobleza original, reclama á cada paso los homenajes que debe á su Criador, y no puede ménos de abogar en favor de la eterna verdad, oponiéndose

á la mentira y blasfemia. Por grandes esfuerzos que haga para crear especiosos sistemas de incredulidad, la razón los rechaza con desden; por mucho que trabaje para formar una moral según las pasiones, esforzándose en creer que la probidad es una palabra quimérica, y el pudor una preocupación, su conciencia reprueba estas máximas abominables, y le grita en medio de sus desórdenes, diciéndole que entre los tesoros robados es un ladrón, entre los deleites carnales un infame, y entre los excesos de sus orgías un monstruo. En vano, fijando sus miradas en lo material, quiere convencer á su razón de que es una planta ó una máquina, y que como ellas se ha de aniquilar; que la misma razón le dice sin cesar: «No, no, ¡insensato! Tú no eres tan corruptible como los objetos que pisas ó de que te sirves; tú discurre, tú piensas, tú calculas, tú exprimes tus ideas espirituales con la palabra material; tú tienes relaciones con el cielo, y no es posible que mueras del todo; tú has de dar en manos de Dios, y éste te ha de juzgar.» Irritado, desesperado el incrédulo de no poder sofocar las luces de la razón, detesta y aborrece á su misma razón; quisiera destruirla y aniquilarla. Otro enemigo como éste que tanto le aborrezca, no lo encontrará el incrédulo. Así ¡oh Dios sapientísimo! quedan justificadas tus palabras. No necesita el impío de los tormentos de la otra vida para padecer, pues en ésta él mismo se hace insufrible, y, devorado por sus propias ideas, forma en el interior de su alma un caos infernal que lo reduce á padecer continuas agonías: *Qui autem faciunt iniquitatem, hostes sunt animæ suæ.*

No hay, pues, en el mundo hombre más criminal que el incrédulo, porque con sus dogmas impíos y subversores, pretende destruir á la misma Divinidad; introduce en los pueblos la carnicería y el odio de sus semejantes, y, lo que es inconcebible, pretende destruirse á sí mismo en la porción más noble de su compuesto. ¿Con qué castigos

podrán expiarse crímenes tan enormes? Yo os confieso, amados míos, con toda ingenuidad, que cuando por razón de mi ministerio he tenido que leer esas obras apoloéticas de nuestra Religión santa, y he leído en ellas las blasfemias que la incredulidad vomitó contra nuestro amable Jesús, por un movimiento casi involuntario he sentido mi espíritu turbado; pero al mismo tiempo que he deplorado la ceguera de algunos hombres, me he alegrado de que haya un infierno eterno, pues sólo en él pueden castigarse tantas palabras obscenas, tantas sátiras infandas y tanto dicerio como se ha publicado contra Jesús. Cuando he leído los ríos de sangre que la historia nos refiere, ocasionados por la influencia que han tenido esas doctrinas inhumanas en las actuales y últimas generaciones; cuando he visto pueblos enteros amotinados y armados para atacar los asilos sagrados y trucidar á los alumnos del santuario; cuando veo en todo el mundo tanto asesinato á sangre fría, tanto suicidio, tanto atentado, ocasionados todos por las malas doctrinas, no puedo ménos de exclamar y decir, que si no hubiese Dios criado el infierno para Satanás y sus ángeles, era necesario que lo criase de nuevo para estos inventores y propagadores de la incredulidad. ¡Ah, mónstruo cruel! ¡Cuántos progresos has hecho! En mis cortos años, en mis pocos viajes, amados míos, ¡cuántas veces he oído decir á muchos jóvenes que nosotros no pasamos de ser unos hongos, hijos de la podre, y, cuando más, unos entes un poco más nobles que esos animales de que nos servimos para viajar! ¡Ah! Estas ideas, tan favoritas de nuestros días, no tienen otro origen que la incredulidad que se ha insinuado por todas partes, y desgraciadamente la impiedad ha fijado su asiento en todas partes: nos rodea y nos estrecha, sin que se encuentre asilo en qué abrigarse y guardarse de sus envenenados dardos. ¡Ah! Si la Providencia divina no corta los pasos á este mónstruo; si los hom-

bres no retroceden de más de un siglo, ¡desgraciada sociedad! ¡desgraciada España! ¡desgraciada América! ¡desgraciado mundo! Tu fin no puede ménos de acercarse. Á una incredulidad tan propagada y arraigada, no puede ménos de seguirse una disolución y libertinaje universal, una total extinción de la caridad, un apartamiento general de los principios de la fé: la ruina del mundo, su exterminio y su juicio.